

III. Maquiavelo o la política como arte

Algunos pensadores políticos han tenido la poca fortuna de que sus nombres se asocien con ciertas expresiones o aforismos que los etiquetan y simplifican. De esta manera sus teorías son aceptadas o rechazadas sin que merezcan un estudio profundo y sistemático. Más aún, queda de lado el tiempo histórico y cultural que ubica a cada frase, pensamiento, hipótesis, no sólo en la totalidad del sistema filosófico sino, también, en su dimensión histórica precisa.

Si bien todos los pensadores políticos, de alguna u otra manera son objeto de simplificación, la reducción ha operado con mayor vehemencia en cuatro casos especiales. A Hegel se le ha vinculado con la expresión: “Todo lo real es racional y todo lo racional es real”; ésta, así aislada y separada de la totalidad del sistema que le da sentido, puede decir cualquier cosa. No está por demás recordar que a partir de este aforismo hegeliano se ha derivado la conclusión apresurada de que el filósofo de Stuttgart estaba interesado en la conservación de cualquier orden vigente. El otro caso de simplificación extrema es, sin duda, Karl Marx. A partir de algunos párrafos del *Manifiesto comunista* o del afamado —pero ciertamente desafortunado— prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política*, se ha dicho que para él la economía como estructura del edificio social determina la superestructura político ideológica, es decir, todos los demás ámbitos de la vida colectiva. La economía se convierte así en demiurgo de la convivencia humana. Tanto da que sea la materia o el espíritu lo determinante; en realidad juegan el mismo papel y son entendidas de la misma manera. Marx, según esto, sería portador de una idea mecanicista y dogmática. No ha corrido

mejor suerte el italiano Antonio Gramsci, cuyas ideas se han retomado con poca seriedad hasta convertirse en moda académica. De esta forma, su pensamiento se creyó aprehendido cuando se aludía al “bloque histórico”, a la “hegemonía”, a la “guerra de posiciones”, a la “voluntad colectiva”, al “príncipe moderno”, a la “reforma intelectual y moral”. Pocas veces se reparaba en la coherencia y unidad del pensamiento del autor de los *Cuadernos de la cárcel*. Un último ejemplo de reduccionismo: Nicolás Maquiavelo. Al genio florentino se le ha vinculado habitualmente con la sentencia “el fin justifica los medios”. Así, Maquiavelo sería el progenitor de la política como actividad perversa cuyos únicos propósitos serían la conquista y conservación del poder, sin importar las vidas o las dignidades por las que haya que pasar. Desde esta óptica, ha sido un lugar común señalar que Maquiavelo fundó la ciencia política al independizar el conocimiento de la política respecto de la moral. No pretendo, en este breve capítulo, revertir la tendencia a la simplificación del pensamiento de los autores mencionados. Quisiera, antes bien, dedicar algunas páginas a considerar ciertos aspectos de la obra de Maquiavelo y su significado.

El pensamiento de Maquiavelo es producto de su tiempo histórico y cultural. Fueron el Renacimiento y Florencia los artífices principales del autor de *El príncipe*. Nicolás Maquiavelo nació el 3 de mayo de 1469. Tuvo una educación que podríamos llamar clásica. Aprendió el latín desde muy pequeño y fue admirador de la antigüedad, especialmente de la organización política de la república romana. Ocupó algunos puestos públicos de importancia, como el de segundo canciller de la República florentina. Sin embargo, nunca tuvo, en un sentido preciso, el poder. Si revisamos de manera superficial las condiciones históricas que precedieron al —y en las que se desarrolló el— pensamiento de Maquiavelo, se pueden hallar ahí algunos de los elementos más importantes del carácter y contenido de sus escritos.

Hacia los siglos XIII y XIV, las pequeñas ciudades del norte de Italia estaban atravesadas por dos poderes: el del Papa y el del emperador Sacro Romano. Esas ciudades reivindicaban su dere-

cho a la libertad. Es interesante señalar los dos sentidos diferentes, si bien complementarios, que adquirió entonces el término libertad. Significaba por un lado, el rechazo a cualquier forma de sujeción respecto de una autoridad externa, ya fuera la del Papa o del emperador; al mismo tiempo, la libertad aludía al derecho de determinar las propias leyes y la autoridad política a la que habría de someterse. En este sentido, las ciudades italianas exigían respeto a sus formas políticas republicanas.¹ En su búsqueda de libertad, las ciudades del norte de Italia recibieron el apoyo no desinteresado del poder papal. En estas condiciones hubo quienes, como Dino Compagni y Dante, sugirieron resistir la pretensión papal apoyándose en una alianza con el emperador. En realidad se estaban edificando los fundamentos de una concepción política que haría descansar la autoridad estatal a partir de la autonomía respecto de los dos grandes poderes. Aún más, el poder autónomo y libre que las ciudades levantarían sería el resultado de la voluntad de sus pobladores. No sería ya una extensión del poder terrenal de la iglesia. Éste fue el tema de Marsilio de Padua (1275-1342) en *El defensor de la paz*, de 1324.² En esta obra, Marsilio sostenía “haber demostrado que la figura del legislador en cada reino o ciudad-república independiente es la única auténtica poseedora de completa ‘jurisdicción coactiva’ sobre cada persona mortal de cualquier condición”.³

Por otro lado, desde el siglo XIII aparecieron los llamados tratados de retórica que, por medio de modelos, enseñaban a los lectores el arte de convencer a un público. Estos tratados, en realidad, eran formas indirectas de lanzar opiniones acerca de los asuntos públicos. Poco después aparecieron los famosos libros de consejos: “sus autores ya no se contentan con ofrecer en forma oblicua sus opiniones acerca de la conducción de los asuntos públicos”.⁴ En el decenio de 1260, Brunetto Latini escribió en

¹ Quentin Skinner, ob. cit., pp. 20 y ss.

² Marsilio de Padua, *El defensor de la paz*. Madrid: Tecnos, 1989.

³ Quentin Skinner, ob. cit., p. 40.

⁴ *Ibidem*, p. 43.

francés *Los libros del tesoro*. Según Skinner este libro se inscribe dentro del género literario, establecido éste a comienzos de ese siglo, caracterizado por estar dirigido a la *podestá* y a los magistrados de las ciudades. “Las primeras secciones del libro II (...) sobre ‘la naturaleza de las virtudes y los vicios de acuerdo con la Ética’, es, por entero una paráfrasis de Aristóteles”. En *Los libros del tesoro*, Latini afirma que “los gobiernos son de tres clases: la primera de reyes, la segunda de aristocracias y la tercera de pueblos, de las cuales la tercera es, con mucho, mejor que las otras dos”.⁵ Resalta por un lado la reivindicación de que el poder se organice desde abajo y de manera autónoma. Pero no es menos importante, para nosotros, señalar la forma que adoptan los nuevos tratados ya que son “espejos para príncipes”; en aquéllos el tema central es dar consejos a los detentadores del poder político para que puedan conducir mejor los asuntos públicos. Sobresale también el hecho de que el estado (de las cuestiones públicas) es un proceso en el que es necesario actuar: es menester *modelarlo* para conseguir el propósito de ordenamiento para la libertad. En términos de concepciones políticas, el Renacimiento se llenó de contenido con la visión según la cual el Estado es una obra de arte. No depende de la Naturaleza ni de una deidad ultraterrenal, sino de los hombres mismos. El Renacimiento implicó estudiar al hombre por el hombre mismo; por tanto, implicó también hacer del Estado un artificio humano, una creación de los seres humanos. Tal era el espíritu del Renacimiento y las condiciones políticas que encontraron en el genio de Maquiavelo una de sus expresiones más logradas. Pero Italia no era sólo el núcleo del espíritu renacentista. Fue también, más que una referencia concreta, una palabra, un proyecto, una idea. La Italia de Maquiavelo era en realidad “un mosaico de Estados cuya dimensión territorial, régimen político, desarrollo económico, incluso cultura son muy variables. Cinco grandes Estados regionales, enfrentados en frecuentes conflictos, dominan la vida de la península: el reino de Nápoles (...);

⁵ Citado en Skinner, loc. cit.

los estados pontificios; el estado florentino, bajo la férula de la familia Médicis desde hacía varios decenios; el ducado de Milán; y la república de Venecia”.⁶ Las instituciones políticas de Florencia fueron creadas desde 1380. Su funcionamiento daba la impresión de ser democrático, en el sentido de que otorgaba un amplio rango para la participación de todos los ciudadanos en la conducción de los asuntos públicos. Sin embargo, según Larivaille, eso era más apariencia que realidad, pues el entramado institucional estaba predispuesto de manera tal que resultaba difícil que la plebe pudiera aspirar al gobierno. La señoría era la magistratura suprema y formaba, junto con dos consejos, los “TRE MAGGIORI”; estaba formada por nueve priores: dos representantes de cada uno de los cuatro barrios de la ciudad, más un noveno propuesto —de manera rotativa— por cada barrio. A este representante se le llamaba gonfalonero de justicia; presidía el consejo de los priores y era jefe del ejército. Los otros dos consejos eran, por un lado, el colegio de los 16 gonfaloneros o compañías militares y, por otro, el colegio de los 12 sabios; estos últimos eran propuestos por los barrios —tres por cada uno— de la ciudad. Ninguna persona duraba en el cargo más de cuatro meses. Además, existía una complicada red de organismos políticos que, a decir verdad, tenían el propósito de organizar la ciudad, pero sobre todo el de proporcionar a cada habitante la oportunidad —o por lo menos la ilusión— de participar en la conducción de los asuntos políticos. Algunos de estos organismos no tenían en realidad mucha importancia; otros tenían cierta trascendencia como el *podestà* (personaje no nacido en la ciudad y que se encargaba de la administración de justicia). También era de cierta importancia el llamado “capitano del popolo”, especie de tribuno del pueblo cuya misión era justamente la defensa del pueblo frente a los abusos de los poderosos. Todo esto daba la apariencia de una gran participación política y de una notable organización demo-

⁶ Paul Larivaille. *La vida cotidiana en la Italia de Maquiavelo*. Madrid: Temas de Hoy, 1990, p. 11.

crática. Aunque no todo se cumplía al pie de la letra. Por las formas de elección y criterios para ocupar un puesto, los altos cargos quedaban reservados para las grandes familias. “Estamos, pues, ante un sistema del que la plebe (lo que hoy llamaríamos el pueblo) está inexorablemente excluida; ante un Estado en el que la participación del pueblo —*il popolo*, que en la terminología de la época designaba a los artesanos, así como a la pequeña y mediana burguesía— está celosamente reducida a su mínima expresión”.⁷ Se trataba, en realidad, de una república aristocrática.

A partir de que Cosme de Médicis reorganizara el Estado de Florencia en 1433, el régimen político se fue transmutando en una monarquía, un gobierno personal que “a pesar de conservar todas las apariencias democráticas, prácticamente vaciaba las instituciones republicanas de toda sustancia”.⁸ En 1469 (año del nacimiento de Maquiavelo), el nieto de Cosme, Lorenzo el Magnífico, recibió el poder político. Durante su gobierno se desarrolló un caso que marcaría profundamente a Maquiavelo. Se trata de la oposición del monje Jerónimo Savonarola quien, con encendidos sermones, llamaba a condenar la vida dispendiosa y sin recatos promovida desde el gobierno. Su auditorio, como es lógico, estaba compuesto por gente pobre. A ellos llamaba Savonarola para fundar una terrenal república de Cristo. Así, en 1497 se eligió una señoría con mayoría de partidarios del monje. Los opositores se unificaron: banqueros, comerciantes y, por supuesto, Médicis. El resultado fue el encarcelamiento y condena por herejía de Savonarola. Fue ahorcado y después quemado en la plaza pública el 23 de mayo de 1498. Se abrió desde entonces un periodo de inestabilidad política para Florencia. Es aquí cuando Maquiavelo hace su aparición pública. En el verano de ese 1498 es nombrado segundo canciller de la república florentina. En 1512, los Médicis recuperaron el poder y Maquiavelo fue retirado de la vida política activa, pero no del pensamiento de la política.

⁷ *Ibidem*, p. 23.

⁸ *Ibidem*, p. 29.

Ante todo, consideramos aquí a Maquiavelo como un teórico del poder. Sin embargo, sus lecciones no tienen la forma de los tratados sistemáticos acerca de la materia. En principio, Maquiavelo escribe en italiano y no en latín. El pensador florentino no es el filósofo sistemático —como Kant o Hegel— que se dedica a la vida académica e imparte sus cursos sobre el eje de su doctrina. Sus lecciones no son de cátedra escolar. Más bien, poseen el hálito de la práctica. Sus interlocutores no son discípulos sino hombres de virtud, gobernantes o príncipes. Maquiavelo pensó y escribió acerca del poder, pero él mismo no tuvo cargos que realmente fueran de mando. Hemos dicho ya que sí llegó a ser funcionario del gobierno, pero en verdad no tuvo mucha fortuna. Sus máximas creaciones las llevó a cabo lejos del poder, en su cuarto de estudio, cuando se quitaba las sucias prendas de uso diario —como él mismo decía⁹— y se ponía a escribir acerca de lo que era su pasión, para lo que él consideraba que había nacido: el arte de gobernar a los pueblos.

Veamos ahora cuál es el contenido de sus enseñanzas; discutamos en qué medida son ciertos los lugares comunes de los que hablábamos al principio acerca del pensador florentino, o tienden más bien a oscurecer la inteligencia y la penetración de su pensamiento.

Maquiavelo tiene un punto de partida que podríamos llamar metodológico. Se trata de la comprobación de sus aforismos acerca del poder, basándose en las lecciones de la historia y de la atenta observación de su tiempo. Ése es su verdadero criterio. Pero es algo mucho más importante: la inspiración para impulsar una acción, para formar una voluntad colectiva que desafíe el estado de cosas existente. Mediante la voluntad para la acción política es posible cambiar el curso de los acontecimientos. Pero el soporte de una efectiva acción en el presente es el adecuado conocimiento del pasado. “Cuando se trata de ordenar la república —dice Maquiavelo—, de mantener el estado, gobernar el reino,

⁹ Federico Chabod. “Nicolás Maquiavelo”, en *Escritos sobre el Renacimiento*. México: FCE, 1990.

organizar el ejército y llevar a cabo la guerra, juzgar a los súbditos o acrecentar el imperio, no se encuentra príncipe ni república que no recurra a los ejemplos de los antiguos”.¹⁰ De ahí que para organizar los asuntos del Estado sea menester recuperar el conocimiento de los tiempos en que la virtud política ocupaba el centro de las actividades humanas. Por eso la vuelta al pasado; por eso la admiración maquiaveliana por la organización política de la república romana.

El punto de partida de Maquiavelo es presuponer que los hombres nacen, viven y mueren “siempre de la misma manera”.¹¹ Han sido, son y serán egoístas y ambiciosos. “Los hombres están más inclinados al mal que al bien”.¹² Tal idea se repite tanto en *El príncipe*, como en la *Historia de Florencia* y en los *Discursos*. Es, en realidad, el fundamento de toda la obra política de Maquiavelo. Dicho de otra manera, en torno a la idea de la naturaleza inclinada a la maldad propia de los seres humanos, se levanta el discurso sobre el orden político. “Es necesario —sugiere Maquiavelo— que quien dispone una república y ordena sus leyes presuponga que todos los hombres son malos, y que pondrán en práctica sus perversas ideas siempre que se les presente la ocasión de hacerlo libremente”.¹³

De hecho, la organización de una república o de un principado bien ordenado obedecen al propósito de convertir a los hombres, que son ambiciosos y egoístas, en ciudadanos virtuosos. Por lo menos desde Aristóteles, el punto de partida del estudio del hombre y de su vida en relación con otros, es decir, en la comunidad de hombres libres, tomaba en cuenta la llamada naturaleza humana, en especial el conjunto de apetitos e impulsos que conformaban las pasiones de los seres humanos. La política, como actividad suprema de los hombres que no dependen más

¹⁰ Nicolás Maquiavelo. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Madrid: Alianza Editorial, 1987, p. 26.

¹¹ *Ibidem*, p. 67.

¹² *Ibidem*, p. 57.

¹³ *Ibidem*, p. 37.

que de sí mismos, superaría la vida pasional, pues era considerada como una actividad de los hombres libres, y estaban excluidos de ésta quienes eran esclavos de sus pasiones, quienes dependían no de su voluntad sino de la de otros y de sus propias pasiones. Aquí encontramos un vínculo notable entre Maquiavelo y la tradición aristotélica. Se trata de que tanto para aquél como para ésta, los impulsos que se denominan con el término de “pasiones” se constituyen en contraste con la vida política. En un primer nivel podríamos decir que Maquiavelo alerta sobre la importancia de tener en cuenta la dimensión psicológica para un estudio de la actividad humana, como es la política. Esta línea se encuentra en autores antiguos, medievales y, también, en filósofos posteriores a Maquiavelo; es el caso de Thomas Hobbes, Baruch Spinoza o Hegel, por mencionar sólo a algunos. Aquí Maquiavelo en realidad se emparenta con otros grandes pensadores políticos. En otro nivel, podríamos apuntar que el pensador florentino se divorcia de la tradición e inaugura una forma de especular acerca del poder. El fundamento de esta nueva reflexión no era tan nuevo. Era lo que hoy podríamos llamar la dimensión psicológica del poder, que abre múltiples posibilidades, no siempre seguidas, para el estudio de lo que también genera política: los impulsos y los deseos, pero también ideas, mitos, costumbres, tradiciones, imaginarios. No es que el hombre sea malo desde el punto de vista genético; es el conjunto de circunstancias lo que hace al hombre un ser malo, como apuntaría Kant, aunque no queda muy claro en Maquiavelo. Él toma un punto de partida: los hombres son malos, pero la voluntad los puede hacer virtuosos. Y no es una voluntad que parta de la predicación, sino del poder político. La solución es la misma que la aristotélica: la vida política. Pero Maquiavelo es un hombre de su tiempo. Su época se condensó en su genio para discurrir acerca de la política, así como en otros grandes hombres de su tiempo, el espíritu renacentista se concentró artísticamente para hacer pinturas, esculturas, componer música, escribir teatro, comedias, tragedias. Había surgido la dimensión del individuo y eso trajo, en consecuencia, una nueva forma de percibir y repro-

ducir el mundo. En lo que atañe al pensamiento político, tuvo un nombre y un apellido: Nicolás Maquiavelo. Es evidente que el individualismo introduciría grandes cambios en la reflexión sobre el poder, y en la concepción de la política. Una de las transformaciones que introdujo Maquiavelo fue su noción de virtud. De este modo, tomando como base la inclinación al mal de los hombres (fundamento psicológico), el pensador italiano postula el orden político como el gran remedio para que los hombres puedan aspirar a la grandeza, a la vida virtuosa. En Maquiavelo, la república o el principado bien constituidos, bien ordenados, no tienen el propósito de aplastar a los hombres sino de hacerlos virtuosos. Sin embargo, para el pensador renacentista la virtud no es ya la cristiana ni la estoica.

Conviene detenerse un poco en la consideración de la virtud desde el punto de vista estoico y desde la perspectiva cristiana. Podríamos sintéticamente decir que, para el estoicismo, la virtud es ajustar la vida del hombre a la ley natural que es la naturaleza racional. El concepto fundamental del estoicismo es el de *logos*, que es a la vez “la idea determinante del lugar del hombre en el mundo, un impulso real para la actividad natural (...), la energía siempre viviente que es este mundo; y, para el hombre que toma conciencia del logos de que participa, un impulso real para la acción”.¹⁴ Así pues, la virtud es atenerse al logos, a lo razonable que es lo que el logos muestra como la relación del hombre con la naturaleza y con los otros hombres; la armonía es resultado de las determinaciones y los deberes de aquel conocimiento. En conclusión, la virtud es conocimiento de la ley natural; el vicio es la ignorancia. Para el cristianismo sucede otra cosa. El mensaje de su fundador se interpretó en términos de virtud, como la capacidad de ser bondadoso, humilde, de poner la otra mejilla. Por lo menos así llegó a Maquiavelo. En comparación con la religión de los romanos que exaltaba la fuerza, el espíritu de lucha, de conquista, ambición y coraje, el cristianismo encerraba a

¹⁴ Juan Carlos García Borrón. “Los estoicos”, en Victoria Camps. *Historia de la ética, T. I. De los griegos al Renacimiento*. Barcelona: Crítica, 1988, p. 211.

los hombres en sí mismos y los hacía conformistas y hasta cobardes. Maquiavelo no se oponía a la religión *per se*. Bien utilizada por un gobernante virtuoso, la religión —como en el caso de los romanos— forma parte sustancial del entramado estatal. Pero cuando ésta promueve la parálisis de los hombres, entonces esa religión es dañina. De aquí también se desprende la posición de Maquiavelo respecto de la iglesia. “Los italianos tenemos con la Iglesia y con los curas esta primera deuda: habernos vuelto irreligiosos y malvados; pero tenemos todavía una mayor, que es la segunda causa de nuestra ruina: que la Iglesia ha tenido siempre dividido a nuestro país (...) Pues residiendo aquí y teniendo dominio temporal, no ha sido tan fuerte ni de tanta virtud como para hacerse con el dominio absoluto de Italia y convertirse en su príncipe”.¹⁵ Para Maquiavelo, la virtud no significa sólo la virtualidad que poseen todos los seres para llegar a ser plenamente lo que son; virtud (del latín *virtus*) se acerca más a la virilidad que equivale al valor y a la fuerza; no la fuerza de resistir el dolor, sino la que impulsa a la grandeza y el honor. Así, la virtud es la combinación de fuerza, vigor, inteligencia y astucia. La virtud, asociada con la virilidad, atrae a la dama fortuna. Frente a la virtud, la fortuna no tiene más que ceder, que premiar. Esto se pone en claro hasta en la pequeña obra de teatro de Maquiavelo, *La mandrágora*.¹⁶ El hombre astuto, ingenioso, brillante, inteligente (Callimaco), conquista a la mujer deseada: a la bella Lucrecia, aun casada y sumamente cercana a la moral cristiana de los frailes y los curas, no le queda más que aceptar la relación con quien ha demostrado vigor, fuerza, inteligencia. Las cosas no están dadas. Es menester actuar. La fortuna es llamada por la virtud. No es un regalo, es una conquista. Lo mismo sucede en las cosas del Estado. Por eso, para Maquiavelo, la política es una técnica pero también un arte. El Estado se construye.

Lo anterior nos conduce directamente al gran tema de Maquiavelo: el poder. Nuestro personaje es un teórico del poder, es

¹⁵ Nicolás Maquiavelo. *Discursos...*, ob. cit., p. 69.

¹⁶ Nicolás Maquiavelo. *La mandrágora*. México: Rei, 1988.

cierto. Pero no del poder por el poder como abstracción, como objeto o capacidad. El poder no es el fin, sino el medio para convertir una ciudad en libre y virtuosa. Hay que aclarar que el genio florentino no se inclina por la tiranía. Más bien se pronuncia a favor del gobierno de muchos: “los pocos —dirá— siempre obran a gusto de los pocos”. Más adelante hablará con mayor énfasis en torno a la necesidad de que el gobierno sea organizado por la mayoría de la población. Se trata de un Maquiavelo republicano. Queda, sin duda, lejano el lugar común que considera a Maquiavelo como sinónimo de perversión, chantaje, simulación, engaño; el pensador florentino se asocia, en esta interpretación superficial, con una noción de política donde lo principal es el poder: el poder por el poder. De hecho, ni siquiera en *El príncipe*, Maquiavelo fue favorable a la tiranía: “Ciertamente, me parecen desdichados los príncipes que, para asegurar su estado, deben tomar medidas excepcionales, teniendo a la multitud por enemiga; porque el que tiene como enemigos a unos pocos puede asegurarse fácilmente y sin mucho escándalo, pero quien tiene por enemiga a la colectividad no puede asegurarse, y cuanto más crueldad usa tanto más débil se vuelve su principado. De modo que el mayor remedio, en este caso, es tratar de ganar la amistad del pueblo”.¹⁷ Se colige que el propósito último no es el poder sino la conservación del Estado y, con esto, lo que puede hacer virtuosos a los hombres. Otro lugar común es juzgar que Maquiavelo pensó el poder en tanto esfera autónoma y, por ende, escindió la política de la ética. Desde entonces, se justifica que se haga la política sin tomar en cuenta las consecuencias que los actos tienen para los seres humanos. Es posible que esto sea adjudicable más a los lectores de Maquiavelo que al propio pensador italiano. Y es que suele suceder que los discursos se institucionalizan o, como diría Hegel, se positivizan.

Maquiavelo pensó las cosas del Estado. La política ya no se ubica como una actividad natural de los hombres ni como un espacio de libertad que hay que ajustar a la ley divina. La política

¹⁷ Nicolás Maquiavelo. *Discursos...*, ob. cit. p. 79.

se convierte en una obra de arte. El Estado no está dado; hay que edificarlo. Quizá por eso, Gramsci admire a su coterráneo del siglo XVI. Combatían con enemigos comunes. Los dos querían príncipes bajo sus formas epocales pertinentes y, por supuesto, distintas. Los dos querían construir una voluntad colectiva capaz de transformar el estado de cosas. Así pues, hemos de poner de relieve y rescatar toda la importancia que tiene este intento de Maquiavelo por hacer de los hombres malos, hombres virtuosos mediante el ordenamiento político de una república o de un principado. No es, entonces, el poder por el poder ni el mal por el mal. Antes bien, para Maquiavelo son condenables los que, recurriendo a actos de maldad, destruyen el ordenamiento estatal. “Son (...) infames y detestables los hombres que destruyen las religiones, que disipan los reinos y las repúblicas, enemigos de la virtud, de las letras y de toda otra arte que acarree utilidad y honor para el género humano, como son los impíos, los violentos, los ignorantes, los ineptos, los ociosos y los viles”.¹⁸ De hecho, más allá del poder por el poder está la libertad. Y es que uno de los temas frecuentes en la obra de Maquiavelo es justo el de la libertad. Pareciera ser que el fin de la política no es conservar el poder sino lograr la libertad. “No se puede llamar, en modo alguno, desordenada a una república donde existieron tantos ejemplos de virtud (como la romana), porque los buenos ejemplos nacen de la buena educación, la buena educación de las buenas leyes, y las buenas leyes de esas diferencias internas que muchos condenan, pues quien estudie el buen fin que tuvieron encontrará que no engendraron exilios ni violencias en perjuicio del bien común, sino leyes y órdenes en beneficio de la libertad pública”.¹⁹ De este modo, la clave de la política para Maquiavelo son las buenas armas, pero también las buenas leyes: el propósito es la libertad. Y a tal fin hay que ajustar la conducta de quienes intervienen en este arte de la política. En consecuencia, las cosas del Estado no se someten al poderoso, sino a la libertad. Este

¹⁸ *Ibidem*, p. 59.

¹⁹ *Ibidem*, p. 39.

orden lleva a Maquiavelo a sostener la necesidad de que sea el pueblo el guardián de la libertad: “Observando los propósitos de los nobles y de los plebeyos, veremos en aquéllos un gran deseo de dominar, y en éstos tan sólo el deseo de no ser dominados, y por consiguiente mayor voluntad de vivir libres, teniendo menos poder que los grandes para usurpar la libertad. De modo que, si ponemos al pueblo como guardián de la libertad, nos veremos razonablemente libres de cuidados, pues no habiendo podido tomarla, no permitirá que otro la tome”.²⁰

En esta misma lógica, Maquiavelo más que independizar la ética de la política, fundó una nueva moralidad, aquella del nuevo poder. Tiene razón Isaiah Berlin cuando señala: “Lo que Maquiavelo distingue no son los valores específicamente morales de los valores específicamente políticos; lo que logra no es la emancipación de la política de la ética o de la religión, (...) lo que instituye es algo que corta aún más profundamente: una diferenciación entre dos ideales de vida incompatibles, y por lo tanto dos moralidades. Una es la moral del mundo pagano; sus valores son el coraje, el vigor, la fortaleza ante la adversidad, el logro público, el orden, la disciplina, la felicidad, la fuerza, la justicia y, por encima de todo, la afirmación de las exigencias propias y el conocimiento y el poder necesarios para asegurar su satisfacción. Aquello que para un lector del Renacimiento equivalía a lo que Pericles había visto personificado en su Atenas ideal, lo que Livio había encontrado en la antigua República Romana, lo que Tácito y Juvenal lamentaron de la decadencia y la muerte en su propio tiempo. Éstas parecen a Maquiavelo las mejores horas de la humanidad y, como humanista renacentista que es, desea restaurar”.²¹

Maquiavelo propone una sistematización de las formas de gobierno o regímenes políticos semejante a la de Aristóteles. Así, considera que hay tres formas de gobierno y otras tres que representan la degeneración de las primeras. “Algunos han escrito,

²⁰ Ibidem, p. 41.

²¹ Isaiah Berlin. “La originalidad de Maquiavelo”, en *Contra la corriente*. México: FCE, 1983, p. 105.

refiriéndose al gobierno, que puede ser de tres clases: monárquico, aristocrático y popular (democracia, según aclara más adelante), y que los que organizan una ciudad deben inclinarse a una de éstas, según les parezca oportuno. Otros, más sabios en opinión de muchos, consideran que las clases de gobierno son seis, de las cuales tres son pésimas y las otras tres buenas en sí mismas, aunque se corrompen tan fácilmente que llegan a resultar perniciosas. Las buenas son las que enumerábamos antes, las malas, otras tres que dependen de aquéllas y les son tan semejantes y cercanas que es fácil pasar de una a otra: porque el principado fácilmente se vuelve tiránico, la aristocracia con facilidad se convierte en oligarquía, y el gobierno popular, en licencioso sin dificultad”.²²

Además de retomar esta forma de sistematización de los regímenes políticos, Maquiavelo tiene una noción cíclica. Considera que las distintas formas de gobierno se suceden, en orden, unas a las otras: una buena, una mala, una buena, etcétera. De este modo, a la monarquía (o principado como lo califica Maquiavelo) le sigue la tiranía, a la tiranía la aristocracia, a la aristocracia la oligarquía, a la oligarquía la democracia, a la democracia la anarquía, a la anarquía otra vez el principado. “Y éste es el círculo en el que giran todas las repúblicas, se gobiernen o sean gobernadas; pero raras veces retornan a las mismas formas políticas, porque casi ninguna república puede tener una vida tan larga como para pasar muchas veces esta serie de mutaciones y permanecer en pie. Más bien suele suceder que, en uno de esos cambios, una república, falta de prudencia y de fuerza, se vuelva súbdita de algún estado próximo mejor organizado, pero si no sucediera esto, un país podría dar vueltas por tiempo indefinido en la rueda de las formas de gobierno”.²³ Empero, hay que notar lo siguiente: pareciera que Maquiavelo equipara aquí la república con el Estado. En este contexto, una forma de gobierno posible “dentro de la república” sería la tiranía o incluso la monar-

²² Nicolás Maquiavelo. *Discursos...* ob. cit., p. 33.

²³ *Ibidem*, p. 35.

quía. En esta lógica, monarquía y república no son distintas. Posteriormente esto se va a modificar. Junto a la sistematización de acuerdo con el número de los que gobiernan, Maquiavelo utiliza una bipartición: por un lado el principado, por el otro la república que puede ser aristocrática o democrática. “Todos los Estados, todos los dominios que han tenido y tienen soberanía sobre los hombres, han sido y son repúblicas o principados”.²⁴ ¿Qué es lo que distingue a la república respecto del principado? “Tienen, como distintos principios, diversas leyes y ordenamientos”.²⁵ En todo caso lo que define a la república y hace que se distinga de la tiranía —no del principado— es el sometimiento a las leyes. En la tiranía, la voluntad de quien detenta el poder está por encima de las leyes. En esta misma línea hay que diferenciar entre la tiranía y la dictadura. La dictadura no es una forma de gobierno específica; antes bien, se trata de un mecanismo republicano. La dictadura está contemplada en las leyes y surge como una medida extraordinaria para resolver algún conflicto específico y por un tiempo determinado. Es cierto que se le otorgan al dictador poderes discrecionales y, además, a ciertas instituciones y personas que regularmente tienen poder les es retirado. Pero una vez que ha pasado la situación de emergencia, el dictador vuelve a su antigua posición y se reestablece el orden normal de la república. Se aprecia que Maquiavelo tiene el modelo de la dictadura romana.²⁶ La tiranía, en cambio, actúa por encima de la ley, es indefinida en el tiempo y su consecuencia es la pérdida de libertad. Con todo, es difícil que perdure una forma de gobierno pura. “De modo que si el organizador de una república ordena la ciudad según uno de los regímenes buenos, lo hace por poco tiempo, porque irremediamente degenera en su contrario, por la semejanza que tienen, en este asunto, la virtud y el vicio”.²⁷ Así que una forma de asegurar cierta perma-

²⁴ Nicolás Maquiavelo. *El Príncipe...* ob. cit., p. 33.

²⁵ *Ibidem*, pp. 31 y ss

²⁶ *Ibidem*, pp. 53 y s.

²⁷ *Ibidem*, p. 33.

nencia del Estado es adoptar una forma mixta de gobierno, es decir, una forma de gobierno que combine los principios de cada una de las formas puras. “Todas esas formas (puras) son pestíferas, pues las buenas tienen una vida muy breve, y las malas son de por sí perversas. De modo que, conociendo este defecto, los legisladores prudentes huyen de cada una de estas formas en estado puro, eligiendo un tipo de gobierno que participe de todas, juzgándolo más firme y más estable, pues así cada poder controla a los otros, y en una misma ciudad se mezclan el principado, la aristocracia y el gobierno popular”.²⁸ Ahora, según Maquiavelo, lo más conveniente es que el poder lo desempeñen muchos, si bien tendrá que ser uno solo quien funde el Estado y ordene la vida política. “Si uno es apto para organizar, no durará mucho la cosa organizada si se la coloca sobre las espaldas de uno solo, en cambio lo hará si reposa sobre los hombros de muchos y son muchos los que se preocupan por mantenerla. Porque del mismo modo que no conviene que sean muchos los encargados de organizar una cosa, porque las diversas opiniones impedirían esclarecer lo que sería bueno para ella, una vez que esto se ha establecido no será fácil que se aparten de ahí”.²⁹

Como vemos, el imperativo categórico de la lógica estatal es, para Maquiavelo, la autoconservación o reproducción del Estado. El renacentista florentino nos ha dibujado, con trazos firmes y seguros, los contornos de la totalidad estatal; ha develado con esto, una de las dimensiones más importantes de la política y del Estado.

²⁸ *Ibidem*, p. 35.

²⁹ *Ibidem*, p. 57.